

Las otras palabras al pie de la cruz

En Viernes Santo acostumbramos a recordar las palabras/frases de Jesús en la cruz según el testimonio de los evangelios. Sin embargo, hay otras palabras no dichas desde la cruz sino desde otro lugar, desde otra perspectiva que complementan y refuerzan aquellas dichas por Jesús. Son palabras que pueden ayudarnos a profundizar en nuestra fe y vocación cristiana en el mundo a la luz de aquel día en que parecía prevalecer la oscuridad.

Quando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: "No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será" (Juan 19, 23-24)

Jesús había enseñado a sus seguidores que si alguien les reclamaba la túnica en un pleito, que le dejaran también llevarse la capa. Ahora, al ser crucificado, Jesús es despojado totalmente de sus vestiduras. A través de un juego de azar, los soldados deciden cuál de ellos se quedará con la túnica del crucificado.

El despojo es parte del crimen. La ropa de quien es condenado a muerte forma parte de la rapiña. El vestido es una extensión del propio cuerpo, lastimado y rasgado por las torturas y el dolor indecible.

Así ha sido desde tiempos antiguos, quienes ejercen violencia sobre los cuerpos también se apropian de las pertenencias de los violentados como si se intentara borrar todo recuerdo del acto cruel.

Sin embargo, la memoria del crucificado perdurará en las mentes y los corazones de quienes le conocieron y amaron su obra. Si aún su túnica, o la corona de espinas que hirió su frente, o un fragmento del madero que recibió su cuerpo se conservaran en algún rincón del mundo, son sus palabras y sus actos lo que sigue inspirando las luchas contra toda forma de violencia y despojo.

Personas despojadas de sus derechos, familias desplazadas por la guerra, pueblos privados de sus tierras. La sociedad actual, que naturaliza la violencia, nos impulsa a lanzarnos sobre los otros y arrebatarnos lo que tengan encima. El robo -de las cosas, de los sueños, de la seguridad- es una amenaza permanente.

Volver a mirar hoy la cruz del que fue despojado es mirar nuestra vida y nuestro mundo, reconocer que necesitamos mirarnos como hermanos y hermanas, y no como objetos de codicia y rapiña. Necesitamos reorientar la mirada y la conducta, permitir que las palabras y actos de Jesús sigan animando nuestro modo de vivir y convivir. Pidamos a Dios que nos ayude a repartir, no las vestiduras de otros sino el poder transformador de su amor y su perdón. La memoria de la cruz es la memoria del amor que restaura.

El pueblo estaba mirando y aún los gobernantes se burlaban de él diciendo: "A otros salvó; sálvese a sí mismo, si este es el Cristo, el escogido de Dios" (Lucas 23, 35)

"Tú, el que derribas el Templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo", "Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz", "A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar". Palabras de burla y provocación como aquellas del tentador en el desierto, "Si eres el Hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan".

La tentación siempre vuelve. En los momentos decisivos y de mayor vulnerabilidad, pretende doblegar el carácter, torcer los principios, enturbiar el horizonte, negociar la fidelidad. Pero no hay que ceder a la tentación aunque muchas veces parezca ser una buena solución a lo que tanto nos agobia. Más vale la integridad del ser humano que el despliegue ególatra de sus poderes.

Volver a mirar hoy la cruz es volver a preguntarnos por nuestras fidelidades y por el uso que damos a nuestro poder. La gente quiere ver a sus héroes bajando de la cruz, realizar el portento, el gesto sobrenatural que deje pasmado al público. Nuestro tiempo se caracteriza por el consumo de los milagros: milagros que desatan el éxito y arrastran multitudes.

Pero el milagro que solo asombra está corrompido y corrompe. La opción de Jesús es salvar y no salvarse, es renunciar a sí mismo y darse. Quienes se burlan y le critican no han comprendido ni aceptan esa opción. No comprenden ni aceptan esa manera de amar, la única manera de amar que nos puede salvar. Ese es el verdadero milagro, que podamos amarnos. Es salvando a otros que podemos salvarnos a nosotros mismos. La memoria de la cruz es la memoria del amor que se ofrece y salva.

Corrió uno y, empapando una esponja en vinagre, la puso en una caña y le dio a beber diciendo: "Dejad, veamos si viene Elías a bajarlo" (Marcos 15, 36)

La identificación de Jesús con Elías es recurrente en los evangelios. Elías, en representación del profetismo israelita, es uno de los que acompaña a Jesús en el monte de la transfiguración. Jesús encarna lo más radical del movimiento profético de su pueblo. Él mismo es reconocido por el pueblo como un profeta.

Varias son las marcas proféticas en el ministerio de Jesús: el llamado a la conversión y el arrepentimiento, la denuncia del mal perpetrado por el poder político y religioso, señales en favor de la sanidad de los enfermos, anuncio de un futuro de gracia y vida plena que ya comienza en la irrupción del reino de Dios que llega, el conocimiento profundo del espíritu humano.

Pero el profeta no es milagrero, ni adivino, ni oportunista. Tampoco ejerce su oficio desde afuera sino desde la entrañas del pueblo a quien pertenece y ama. Es alguien que a partir de su conocimiento y su experiencia de Dios, del ser humano y del tiempo que le toca vivir, decide comprometerse con su pueblo en la búsqueda de la justicia y la reivindicación de la vida digna. "Esperanza" es su palabra favorita.

Aquel testigo de la crucifixión de Jesús que tuvo la ocurrencia de pensar que Elías podía bajarle de la cruz, no imaginó que su sarcasmo podría estar revelando una gran verdad: solo los profetas reivindican a los profetas. Bajar de la cruz a los crucificados de todos los

tiempos y enfrentar a los promotores de la muerte con su propio pecado ha sido parte del testimonio profético de la humanidad.

¿Quiénes son los profetas y las profetisas de nuestros días? ¿Quiénes nos animan y acompañan con la fuerza de su voz y la profundidad de su compromiso en la conformación de otro mundo posible con paz y justicia? Volver a mirar la cruz es recordar y agradecer para proseguir. Hoy nos amenaza una amnesia generalizada, histórica, política, también evangélica. Algo que contrasta con el hecho de tener, como nunca antes, grandes niveles de acceso a toda clase de información.

En lugar de la *amnesia* necesitamos la *anamnesis*, es decir, la “actualización” de aquellos gestos y palabras que fundamentan nuestra fe y vocación en el mundo. Esta “puesta al día” se resume en las palabras del Jesús profeta la noche que fue entregado: “Hagan esto en memoria de mí”. La memoria de la cruz es una memoria profética, hacerse pan y vino para la vida del mundo.

Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Marcos 15, 37-39)

Ahora nos topamos con algo nuevo, un giro inesperado. Las palabras del centurión contrastan con las anteriores. Ya no es el afán de asegurarse una prenda del que agoniza en el madero, ya no es la burla, la provocación o la ironía. Las palabras del centurión declaran que no todo ha sido en vano. El poder militar y político que crucifica a Jesús le reconoce ahora como Hijo de Dios. No es el poder que se ejerce por medio de la fuerza y la violencia el que tiene la última palabra en la historia sino el poder del amor que es eficaz por su entrega generosa y solidaria.

Resuenan aquí las palabras del profeta Miqueas: “las armas de la guerra serán convertidas en instrumentos de labranza”. Las palabras del centurión son, además, una confesión de fe que se conecta con aquel antiguo himno cristiano en la carta a los Filipenses cuando afirma que “toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor”.

Las palabras que cierran la escena de la crucifixión son así cumplimiento de antiguas profecías y, al mismo tiempo, anticipo de lo que vendrá: la irrupción de la fuerza liberadora del evangelio llevando vida y esperanza a todos los pueblos, más allá de la cruz pero siempre animada por el gesto definitivo del crucificado.

Volver a mirar la cruz es reafirmar que la vida que se juega en un amor limpio, cuestionador y coherente es la que lleva mucho fruto. Y nos ayuda a comprender que la memoria de la cruz solo tiene el propósito de hacernos tomar mucho más en serio nuestras decisiones y convicciones de fe. Así lo expresan estas palabras de Don Pedro Casaldáliga, no dichas al pie de la cruz sino desde la piel de quien supo cargar con la suya propia:

*Ser lo que se es,
hablar lo que se cree,
creer lo que se ora,
vivir lo que se proclama,*

hasta las últimas consecuencias.

Amós López Rubio / 7 de abril de 2023, Viernes Santo